

se le cargaba de pesadas cadenas para imposibilitarle de hacer nuevas tentativas.

«Muchos sucumbían agobiados por aquel trabajo.

«Los que sobrevivían, después de arrostrarle durante seis ú ocho meses, se le permitía volver á su casa con la obligación de presentarse pasado el término de la licencia que se les concedía, para comenzar de nuevo á sufrir la tiranía de sus opresores.

«Al otorgárseles este permiso, no se les facilitaba alimento alguno, y los pobres indígenas, cuyas casas distaban á veces cuarenta, sesenta ú ochenta leguas, se mantenían durante el camino con raíces, hortalizas y pan de cazabe.»

Estenuados por el cansancio y las privaciones sucumbían muchos en el camino, y el padre Las Casas, al dar cuenta de sus infortunios, se expresa de este modo:

«He encontrado á muchos muertos por el camino; á otros jadeando bajo los árboles, y otros en las agonías de la muerte, gritando con voz moribunda: ¡Hambre!... ¡Hambre!...»

Los que por fin llegaban á sus casas, sufrían nuevos dolores.

Generalmente las hallaban desiertas, porque durante su ausencia sus mujeres y sus hijos, ó habían sucumbido, ó las habían abandonado.

Los campos, descuidados durante tanto tiempo, no contenían más que abrojos, y los infelices indios, desesperados con aquel nuevo dolor, estenuados por la fatiga y por el hambre, morían á las puertas de sus deshabitadas casas.

Capítulo XVIII.

Donde Anacaona, no pudiendo resistir por más tiempo la duda, busca la verdad.

En medio de esta desolación, la figura de Anacaona se destacaba como la síntesis de todos aquellos infortunios.

Sofocando los suspiros que á cada instante quería exhalar su pecho, conteniendo las lágrimas que pugaban por salir á sus ojos, reunió todas sus fuerzas para recorrer á todas horas su devastado imperio, dar un ejemplo con su resignación á los que padecían desesperados, consolar á los afligidos y compartir con ellos las desdichas que habían caído como una maldición sobre la en otro tiempo bendita isla de Haití.

Pero todo su valor, toda su energía, no bastaban en algunos momentos á calmar su emoción.

¡Pobre reina!

Con el manto de púrpura desgarrado, con su corona ensangrentada, con el cetro hecho pedazos, había querido su destino que llegase al colmo de la felicidad para precipitarla en el abismo y acercar á sus lábios la copa del dolor, que debía apurar hasta las heces.

Su hermoso estado de Xaragua había trocado su risueño aspecto en el más triste y desolador.

Parecía una de esas jóvenes cuyas facciones puras están cubiertas por la palidez de la muerte.

En torno de los pacíficos hogares de sus vasallos habían establecido los españoles sus haciendas, sus casas, y aprovechándose de las órdenes dictadas primero por Bobadilla, y después por Ovando, habían condenado á aquellos pacíficos indios á la más horrible esclavitud.

¡Oh! Allí nació entonces esa plaga que es la vergüenza de los siglos pasados y del presente.

Allí nació la ignominiosa esclavitud, reprobada por la conciencia, reprobada por el derecho de gentes, y sólo consentida por la sed de oro que en todo tiempo ha devorado á la humanidad.

Allí empezaron á verse entonces esas escenas que en algunos países modernos se repiten, reglamentadas por la civilización.

Allí el señor arrancaba al hijo de los brazos de su madre, separaba al esposo de su esposa, y los cambiaba y los vendía como una mercancía cualquiera, como un animal doméstico.

Queriendo justificar todos aquellos actos con el deseo de atraer al cristianismo á los que no habían nacido bajo su amparo, á los que no se habían vivificado en su luz, ni aun siquiera los consentían rendir culto á sus dioses.

Pobre idea les daban de su verdadera religion, y á no haber sido por el heroico padre Las Casas y algunos otros misioneros, que impregnados en la fé del Evangelio y con la caridad de buenos cristianos acudían á prestar consuelos al corazón de los indios, los que gracias á estos esfuerzos morían con la esperanza de otra vida mejor, hubieran sucumbido maldiciendo á sus opresores en medio de las convulsiones de una horrible agonía.

A estas angustias unía Anacaona el torcedor de la duda.

Bartolomé Colon y Hernando de Guevara le habían asegurado que Caonabo vivía, que los reyes le colmaban de agasajos, que en breve tornaría á su lado, y al mismo tiempo Mógica le había dicho que su esposo había muerto.

Higuanamota había partido con Guevara á España, y Anacaona había esperado con ansia la llegada de las embarcaciones para saber algunas noticias de su hija, para que confirmasen las palabras de Colon ó le anunciasen su desdicha.

Ninguna de las embarcaciones le había llevado nuevas de su hija.

Había preguntado á los recién venidos, y ninguno conocía á Higuanamota ni aun á Hernando.

La pobre Anacaona suponía que su hija habría sido recibida por los reyes y colmada de atenciones como su esposo.

Cuando los españoles recién llegados no conocían á Higuamota, era señal de que habían sucumbido, ó de que los reyes no le habían dispensado los honores que merecía.

Había momentos en los que no podía ménos de quejarse de la ingratitud de su hija.

Ni un recuerdo para su madre.

Esto era horrible.

Al fin se decidió á ver á Bobadilla, y este hombre infame,

—No abrigueis por más tiempo la esperanza,—le dijo;—Caonabo ha muerto.

¡Cuesta tanto trabajo dar crédito á las noticias que nos hacen sufrir!

Anacaona recordó las palabras de Bartolomé Colón y de Guevara.

Sabía que Bobadilla profesaba un odio mortal al almirante y á sus hermanos; sabía además el aprecio que ella les profesaba, y creyó desde luego que le daba aquella noticia para aumentar su sufrimiento.

—Yo averiguaré la verdad,—dijo Anacaona.

El butío Biautex era un gran adivino.

Anacaona no había querido consultarle hasta entonces, porque aunque la duda es horrible, el temor de la realidad nos hace preferir el sufrimiento de la incertidumbre.

Pero ya no había más remedio.

Unos decían que Caonabo había muerto.

Otros que vivía.

Abandonando la ciudad de Santo Domingo, siguió el camino que la vimos recorrer antes de la batalla de Bonaó, atravesó á nado el río que separaba de la llanura la montaña, en donde tenía su albergue Biautex, y se presentó ante el anciano.

Biautex no estaba solo.

Anacaona lanzó un grito de sorpresa al reconocer en un indio que estaba á su lado á Guaorocaya.

—¡Que Vagonianasea loada!—exclamó Anacaona.

—Bien venida seas, Anacaona,—exclamó Biautex.—En medio de mis amarguras experimento una inmensa satisfacción al ver reunidos en mi pobre albergue á los dos únicos reyes de Haití que aún quedan, que han sobrevivido á los desastres que pesan sobre nuestra patria.

—De buen augurio considero la presencia en estos sitios de Guaorocaya.

Te he llorado por muerto.

—No, no debía morir. Una voz secreta me decía: «Vive para libertar á tu patria, para exterminar á sus enemigos.» Y esta voz, que ha resonado constantemente en mi oído, me ha dado fuerza para resistir los martirios que me han impuesto los tiranos; me ha dado fuerzas para romper los hierros que sujetaban mis piés, y he podido escaparme, refugiándome aquí para oír los consejos del sábio Biautex, y emprender la última campaña que ha de devolvernos la independencia ó acabar con nosotros.

— Aún ignoras, puesto que hablas así, el triste estado de nuestros vasallos.

— Gimen en la esclavitud, ¿no es cierto?

— No sólo lloran su perdida libertad, sino que han consumido sus fuerzas en el trabajo, su espíritu en la desgracia, y hoy no son más que sombras, cadáveres que se mueven á la voz de sus opresores. Todo cuanto intentemos para sacudir el yugo, será inútil.

— ¿Y eres tú Anacaona? ¿Y eres tú la esposa del heróico Caonabo? Te desconozco. Pero no importa; yo infundiré el valor en el abatido cuerpo de mis hermanos; incendiaré, si es preciso, los bosques, las aldeas; devastaremos el país y moriremos todos, para que nuestros enemigos no puedan hallar más que cenizas y cadáveres.

— Cálmate, Guarocaya, — dijo Biautex. — La Providencia se pone al lado de los que defienden causas justas. La opresion que hoy sufrimos, es un castigo que merecian nuestras culpas; pero bien puede ser que Vagoniana esté aplacada, bien puede ser que nuestros martirios sean bastantes para alcanzarnos su perdon, y en ese caso, la victoria estará á nuestro lado. Intentemos el último esfuerzo. Dentro de cinco dias reunamos á los caciques y vayamos con ellos á las profundas cuevas de Cacibaxagua. Allí invocaremos, por medio de los tzimes tutelares, al espíritu de Vagoniana; allí expondremos nuestras quejas, y escucharemos nuestra sentencia. Sinos mandan luchar, lucharemos hasta perecer; de lo contrario, tendremos que resignarnos á sufrir el cautiverio en que estamos.



CRISTÓBAL COLON. — Biautex colocó una güira pequeña al lado de la hoguera, precisamente en el punto donde caía la cabeza del reptil, y este empezó á vomitar un licor viscoso.



—No faltaré,—dijo Guaerocaya;—pero ¡ojalá nos ordenen luchar.

—Yo también bajaré á la gruta,—dijo Biautex;—ahora partid los dos. Dejadme entregado á mi oración.

—Perdonad,—dijo Anacaona;—yo necesito de vuestros consuelos para alejar de mi pecho una horrible duda que me martiriza.

—Habla, hija mia, habla.

—Vos que alcanzais con vuestra poderosa mirada á todas partes; vos que teneis el don de la adivinación, decidme por piedad si vive Caonabo.

—En este instante no puedo contestarte. Vuelve mañana al ponerse el sol, y sabrás la verdad.

Anacaona y Guaerocaya partieron.

La primera aguardó con ansia el nuevo día para disipar la negra duda que le atormentaba.

El segundo corrió á anunciar á los caciques la resolución de Biautex.

Al día siguiente volvió Anacaona á la morada del gran butio.

—¿Vive?—le preguntó.

—Espera,—contestó el gran butio,—ahora sabrás la verdad.

Y encendiendo una pequeña hoguera, mandó á un indio fuera al bosque próximo en busca de una culebra viva.

Cogida ésta, hizo que el indio se arrodillase delante de la hoguera y que durante un largo rato la tuviera al calor que producía la hoguera. El

reptil, que parecía dormido, empezó á retorcerse; pero el indio, con su robusta mano, impedía que se apartase de la llama de la hoguera. Biautex colocó una güira pequeña al lado de la hoguera, precisamente en el punto donde caía la cabeza del reptil, y éste empezó á vomitar un licor viscoso.

El butio entonces cogió la güira, examinó el licor que el reptil había arrojado y dijo:

Anacaona, sí, vive, vive.

—Sí, vive,—contestó Biautex.

Ebria de alegría, corrió Anacaona á su palacio de Xaragua, dispuesta á mitigar la sed de venganza que sentía Guaorocaya contra los españoles.

Biautex se había equivocado.

¡Su destino lo había querido así!

Capítulo XIX.

La gruta de Cacibaxagua.

Llegó el día señalado á los caciques para asistir á la gruta de Cacibaxagua á implorar de los tzimes la inspiración de Vagoniana.

Unos á otros se habían transmitido la orden en secreto, y acudían de todas partes á la famosa gruta, aprovechando unos las noches para caminar, siguiendo otros veredas ocultas, y llevando todos consigo el temor de ser descubiertos y castigados por sus opresores.

El venerable Biautex fué el primero que llegó á la gruta sagrada.

No tardaron en reunirse muchos butios, los caciques fueron llegando, y á media noche todos estaban reunidos en torno del gran butio.